

EL BREXIT Y EL LIBERALISMO AUTORITARIO*

THE BREXIT AND THE AUTHORITARIAN LIBERALISM

Massimo La Torre**

El siguiente artículo de opinión refleja un análisis exhaustivo del autor sobre un tema de actualidad: el Brexit.

Fecha de recepción: 29/09/2016

Fecha de aceptación: 02/11/2016

doi: <https://doi.org/10.20318/universitas.2017.3541>

* Traducción de Francisco Javier Ansuátegui Roig.

** Catedrático de Filosofía del Derecho, Universidad de Catanzaro (Italia).

I.

El año 2016 será probablemente recordado como el *annus horribilis* de la Unión Europea. Se inició con los ecos de la crisis griega de julio de 2015, que había visto cómo el país heleno sufría el diktat cruel del Eurogrupo, cualquiera que hubiera sido el resultado del referéndum convocado por el partido de gobierno, Syriza, y con la imposición de nuevas y más duras condiciones para obtener los créditos necesarios para mantener el país en la zona Euro. Y más allá del triste escenario griego, se perfilaba otra crisis de carácter cuasi epocal, la fuga de millones de refugiados de Siria hacia las costas más seguras de los países europeos. Centenares de miles de personas en marcha para huir de las bombas, de los horrores de la guerra civil y del hambre, se dirigen hacia las costas de una Grecia exhausta y desmoralizada a la que la misma Unión que la había humillado y empobrecido¹ ahora le pedía hacerse cargo de una migración bíblica.

Las masas de refugiados han provocado reacciones y procesos que se creían ya imposibles por el avanzado estado de la integración europea y por las conquistas del derecho de gentes. La reacción, fomentada por gobiernos incapaces de asumir sus propias responsabilidades, y por la ausencia de una política europea de acogida y de regulación de los flujos migratorios, ha dado lugar a medidas y tonos y tomas de posición que nos han hecho retroceder muchos decenios. Nos han devuelto a los tiempos de las fronteras infranqueables y de las expulsiones en masa, a situaciones en las que el destino de niños y familias depende de la buena disposición de un funcionario de aduanas o de un policía de frontera, en que la clandestinidad es una estrategia de supervivencia y una ocasión para el más fuerte de un poco de trabajo mal remunerado².

Y así, sobre todo en la Europa del Este, y en sus pequeños estados destrozados por nacionalismos cada vez menos inclusivos y menos generosos, ha habido una vuelta al egoísmo, al chovinismo, a la diseminación del miedo respecto al otro, al gesto descompuesto contra el peligro de la invasión bárbara. Todo ello agravado luego por la repetición e intensificación de episodios de terrorismo islamista que fácilmente se relacionan con el flujo migratorio que proviene en gran medida de países de aquel Medio Oriente desestabilizado por quince años de guerras preventivas y de grandes maniobras para rediseñar el mundo árabe bajo la marca de la hegemonía de la gran y única

¹ Para un panorama del desastre social de la Grecia contemporánea tras las políticas impuestas por su rescate financiero, léase M. Paone, *Las cuatro estaciones de Atenas. Crónica desde un país ahogado por su rescate*, Libros del K. O., Madrid 2014.

² Una espléndida novela que nos habla de esta dramática condición, en los años posteriores a la primera guerra mundial, es *Das Totenschiff*, en traducción castellana *El barco de la muerte*, de B. Traven.

potencia imperial que queda, aquel Medio Oriente que ve ahora triunfar a los degolladores y a los "mártires" del fanatismo pseudoreligioso.

Pues bien, frente a este cuadro de crisis, que se proyecta casi como un hecho permanente y, si no, ciertamente duradero, la Unión Europea y sus Estados miembros han permanecido impotentes, incapaces de proyectar una respuesta acordada y coherente. Cada uno se ha refugiado en el calor de su propia política nacional, y en la afirmación de la sacralidad de las propias fronteras. Se han construido muros, algún paso de frontera ha sido cerrado o militarizado, algún perro ha sido azuzado contra los desgraciados que buscan una nueva vida³.

La única estrategia verdadera, la alemana de guiñar el ojo a la Turquía neo-otomana de Erdogan, el que es responsable de gran parte de los desastres de Siria, gracias a su ambigua relación con el mundo islamista, y a su persistente odio a los Kurdos, considerados el enemigo existencial. La misión principal del Estado turco parece precisamente evitar que pueda surgir una entidad política independiente kurda, que amenazaría la integridad del país de Atatürk, el cual en un tercio ocupa territorios habitados por poblaciones de lengua y cultura kurdas. Y es a este país, de fuerte tradición autoritaria, con o sin golpe de Estado, en el que se confía para frenar el éxodo migratorio, concediéndosele dinero y privilegios muy importantes, reconstituyendo una especie de alianza estratégica que recuerda a aquella antigua, pero desafortunada, de los Imperios centrales de hace un siglo.

II.

Todo está en movimiento, y en riesgo, en esta Europa del otoño de 2016. La economía no despega, sobre todo la de los países mediterráneos agobiados por las cargas impuestas por el *Fiscal Compact* y aplastados por una balanza comercial negativa que carece de un mecanismo de compensación en el sistema de la moneda única. Alemania, con un *superávit* comercial formidable, no deja de reafirmarse más en la política de austeridad y no relaja las obligaciones para el balance impuestas a los parlamentos nacionales. El Keynesianismo es desterrado de una vez por todas del horizonte políticos de los Estados miembros, espectro que agita los sueños de los neoliberales y de los conservadores más de lo que en un tiempo lo hiciera el Comunismo. Europa se parece en algún lugar a una nueva Hoover City, la ciudad de chabolas que creció en Central Park, la cual en vano espera su Roosevelt y su "new deal". La democracia debe plegarse a los dictámenes de aquello que en un tiempo podía aún

³ Pera una lectura moralizante de la crisis de los refugiados en Europa, véase K. Ott, *Zuwanderung und Moral*, Reclam, Stuttgart 2016.

presentarse como un dictador benévolo, pero que no lo es cuando habla por boca de Dijsselbloem, presidente del Eurogrupo, o según la *Weltanschauung* ordoliberal de Schäuble⁴.

Confiamos en el Banco Central Europeo, y en las buenas intenciones de Draghi, pero aquí no hay soberanía popular que valga, ni programa de partido que tenga algo que decir al respecto. Encerrados en las torres financieras de Frankfurt, los banqueros europeos deciden el destino de nuestras economías, pero no sólo. Se trata sobre todo de nuestras vidas, del futuro de nuestros jóvenes. La carta firmada por Trichet y Draghi en agosto de 2011 y enviada al entonces jefe de gobierno Berlusconi, indicaba detalladamente un programa político a realizar (que incluía la reducción de los sueldos de los funcionarios, la reforma de las universidades y la abolición de las Provincias), de cuya pronta realización se hacía depender la independencia financiera del país. Y así llegó el "gobierno técnico" del Profesor Monti y la reforma de las pensiones, que ahora parece condenar a la miseria la vejez de enteras generaciones, y luego la reducción a la nada derecho sindical, en un tiempo alarde y orgullo de la ciencia jurídica italiana. Por no hablar de los *memoranda of understanding* para los países de la zona euro que han debido recurrir al auxilio del Mecanismo de Estabilidad Financiera, documentos que valen mucho más que cualquier programa de gobierno o que cualquier enunciado constitucional⁵.

Y en este punto llega el *Brexit*, el sí sonoro y ruidoso de los británicos en el Referendum sobre la propuesta de salida del Reino Unido de la Unión Europea. Gran Bretaña se ha decidido por la salida, por el abandono de la Unión. Una decisión ésta en cierto modo inesperada, sobre todo para aquellos que habían inspirado y dirigido la campaña por el *Brexit*. El evento es epocal. Las "magnifiche sorti e progressive", el magnífico y progresivo destino, de la *ever closer union* sufre un revés probablemente definitivo. Es el primer caso de un país miembro que decide salir de la Unión⁶, y es un país clave, tradicionalmente protagonista de toda la historia europea, es el que da este paso. Un hecho también contrario a toda la historia británica que se distingue, desde sus inicios, por la terca voluntad de Inglaterra de estar y contar en Europa, de no ser expulsada de sus territorios, desde la Guerra de los Cien años hasta las dos últimas guerras

⁴ Sobre el ordoliberalismo, y su pasado todo menos noble, cfr. A. Somma, *La dittatura dello spread. Germania, Europa e crisi del debito*, Derive eApprodi, Roma 2014.

⁵ Cfr. A. J. Menéndez, *Editorial: A European Union in Constitutional Mutation?*, "European Law Journal", Vol. 20, Marzo 2014, pp. 127-141. Cfr. También del mismo autor *De la crisis económica a la crisis constitucional de la Unión europea*, Libros Jurídicos del Noroeste, Madrid 2012.

⁶ Ciertamente existe el precedente de Islandia, pero ésta se separa de la Unión Europea una vez que se ha separado a su vez de Dinamarca. Se trata de una situación totalmente diferente a la del Reino Unido en 2016.

mundiales, en las que el Reino Unido afirma su derecho de decidir el destino del continente europeo. El país que ha entrado en guerra para defender la neutralidad belga y la independencia de Polonia, y que se ha desangrado en aquellas dos guerras y ha sacrificado su propia hegemonía imperial, se retira ahora de aquel campo de batalla, entre otras cosas para no recibir a los obreros polacos en casa. La nación que se enfrenta a Napoleón en Waterloo para no dejarle el terreno libre en Europa, y poder sentarse en el Congreso de Viena junto a las otras potencias europeas y determinar el destino del continente, se divorcia desdeñoso de aquella relación que ha constituido su potencia y, incluso aunque los chovinistas del UKIP lo ignoren, su misma identidad cultural⁷.

III.

El *Brexit* es así algo inédito, explosivo en la dinámica europea de las relaciones internacionales, triste y autodestructivo para la misma autoestima y para la narrativa fundacional del Reino Unido. Tan es así que sus mismos inspiradores ahora juegan a la baja y dan del *Brexit* una versión edulcorada, que si hubiera sido presentada en los términos en los que se hace ahora probablemente no habría podido producir la mayoría que ha hecho de él un éxito. Basta leer el artículo de Boris Johnson del domingo 26 de junio en *The Telegraph* para darse cuenta. Se quiere mantener el mercado único, y con él la libre circulación de las personas (aunque sometida al sistema de "puntos", tal y como está ahora en buena medida). Se desgañita en proclamaciones de europeísmo: "I cannot stress too much that Britain is part of Europe". Único gran triunfo reivindicado, el no tener que estar más subordinados a las sentencias del Tribunal de Estrasburgo..., del que posiblemente los votantes a favor del *Brexit* en gran medida no saben nada. El mismo Nigel Farage, el líder del UKIP, en su discurso de despedida del Parlamento europeo, más allá de las referencias despreciativas dirigidas a sus colegas, y de las expresiones de un engreído nacionalismo isleño, apela a la buena voluntad de los europeos, quiere también él continuar haciendo buenos negocios con Europa, quiere comprar y vender a buen precio; no quiere renunciar al mercado único, y amenaza que de otra manera será doloroso, obviamente no para la Albión que "rules the waves", sino para la pérfida y centralista Unión Europea.

El voto británico, principalmente voto inglés, visto que Escocia e Irlanda del Norte se han expresado con amplias mayorías a favor del *Remain*, se explica principalmente en perspectiva de política nacional. En un cierto sentido este voto es la revuelta finalmente declarada y libre contra lo que le ha sucedido a Gran Bretaña en los últimos

⁷ Para esta historia puede ser útil la lectura de B. Simms, *Britain's Europe. A Thousand Years of Conflict and Cooperation*, Allen Lane, London 2016.

cuarenta años. Es una revuelta contra el Thatcherismo, podría afirmarse. Y de hecho el *Brexit* ha sido masivamente adoptado en las clases populares y en aquellas ciudades y regiones que Thatcher desestructuró violentamente y empobreció a partir de los primeros años Ochenta del pasado siglo. Lo que ha ocurrido en aquel país ha sido una operación encaminada a la eliminación en cierto sentido física de la clase trabajadora. Por odio, para clausurarla socialmente, se ha cortado la hierba bajo sus pies, su base económica, la industria. De manera sistemática Gran Bretaña, y sobre todo Inglaterra, se han sometido a un proceso de desindustrialización. Se cierran las minas, se cierran los astilleros, las siderurgias, se desarma la flota pesquera. Enteras ciudades son transformadas de centros florecientes de producción industrial a guetos donde se agolpan masas, incapaces de tener conciencia de grupo a través del trabajo, mantenidas por decenios con subsidios de paro. Y con la privatización (obstinadamente querida por los Tories) del enorme patrimonio de viviendas populares gestionadas por los municipios, cuyos habitantes tenían una posesión temporal, se crea un ejército de pequeños propietarios. A los que la propiedad privada se les presentará como algo de nuevo sagrado e inviolable⁸.

La orgullosa clase obrera británica es sustituida por una masa de desgraciados a la que se les ha robado la identidad y el respeto que en un tiempo derivaba del trabajo. El proletario, cumpliendo una predicción de Marx, se transforma en una masa desordenada de *coolies*, o de *fellah*, de marginados, de desesperados, de sujetos sin perspectiva y sentido de solidaridad de clase: *chavs*⁹. El pueblo se ha convertido en "población", "multitud". De manera que las *Unions*, potentísimas hasta los años Setenta, desaparecen o se hacen exiguas, superfluas; el *Labour* adopta, con Tony Blair, la misma visión del mundo de Thatcher. Es el mercado, el juego de empresario y consumidor, lo que produce riqueza-- al menos eso se piensa. El trabajo ya no importa, puede obtenerse con cuatro duros y sin respeto. Es el capital el que se cree capaz de reproducirse por sí mismo, y el que a tal fin reivindica absoluta libertad de circulación y de uso. El capitalismo se centra en la especulación financiera como nunca antes había sido posible. Las prestaciones sociales antes garantizadas por el Estado social y sus impuestos se logran ahora mediante créditos bancarios y otros productos financieros. Toda relación social se rediseña en el juego cruel de la oferta y la demanda, y se fija en la "masa" de los consumidores. Pero esta "masa" pierde el instinto comunitario, universalista y de pueblo. Y con esto le falta la empatía internacionalista por los explotados, cualquiera que sea su país, o su raza. Se refugia en los rasgos

⁸ Cfr. J. Lanchester, *Brexit Blues*, "London Review of Books", Vol. 38, No. 15, 28 July 2016.

⁹ Vid. O. Jones, *Chavs. The Demonization of Working Class*, Verso, London 2016.

identitarios más primitivos, el ser blanco, hablar en un dialecto cada vez más distante del *King's English*, beber cerveza caliente (la *bitter*), y eructar ruidosamente contra los sujetos, muchos extranjeros, que la globalización lanza sobre las costas inglesas. La identidad de clase se evapora en la de una hinchada deportiva, de un club de fútbol, o del *gang* de un *pub*.

El *Brexit* es el fruto de esta decadencia de la sociedad inglesa y de su progresiva falta de vertebración. La Unión Europea se identifica con una cosa de ricos, de quien tiene éxito, o como algo de inmigrantes, de quien viene de lejos para quitarnos el trabajo (y quizás también las mujeres). En esta situación y en este clima tiene espacio el demagogo, y Gran Bretaña está llena de ellos. El *Brexit* es también el producto de la frivolidad de la cultura que se produce y autocelebra entre Oxford y Cambridge¹⁰, donde el argumento brillante, "astuto", vale más que la tesis que se defiende. Así como la filosofía anglosajona cada vez más toma una deriva "justificativa", que en verdad es pura "advocacy", regusto del abogado de poder decir cualquier cosa, a condición de encontrar un argumento más o menos persuasivo que lo soporte, así *Brexit* o *Remain* se confrontan con estrategias vaciamente retóricas, sin convicción profunda por la bondad de una u otra solución, y sin comprometerse en el análisis de las consecuencias también existenciales de la alternativa que se discute. Boris Johnson argumenta como brillante abogado por el *Brexit*, lo mismo hace (con menos fuerza) Cameron por el *Remain*. Y la "plebe" se enfervoriza por uno o por otro como si se tratase de un partido de fútbol, donde al final, cualquiera que sea el resultado del partido, nos divertimos con unas pintas de cerveza y luego nos vamos a dormir un poco alegres, pero sin demasiada preocupación por lo que haya ocurrido.

IV.

Pero hay otra lectura posible del *Brexit*. Y es aquella que nos debe interesar más. Una lectura en perspectiva europea. La Unión europea es un proyecto de civilización de las relaciones entre los Estados europeos que hasta la mitad del siglo pasado han guerreado y han causado enormes sufrimientos y desastres al planeta entero. Ello es cierto, y no puedo ser ignorado (con permiso de Chris Bickerton¹¹). Y lo es aún más hoy, en un cuadro geopolítico fragmentado por demasiados nacionalismos excluyentes. No hay que olvidar que la Europa oriental es en gran parte una mezcla de pequeños Estados producidos por la caída de la Unión Soviética y de su hegemonía. Ya no existe Checoslovaquia, sino sólo la República

¹⁰ Cfr. J. Carlin, *El mundo debe dar gracias a Reino Unido*, "El País", 27 de junio 2016

¹¹ Vid C. Bickerton, *The European Union. A Citizen's Guide*, Penguin, London 2016.

Checa y la Eslovaca. Están los países bálticos, y los Balcanes surgidos del derrumbe de Yugoslavia. A todos estos la Unión les ofrece una estructura capaz de generar alguna vertebración y un cierto equilibrio. Sin la Unión Europea la Europa de hoy sería quizás más inestable, ya que más fragmentada, que la Europa surgida del Tratado de Versalles. Y luego en la Unión existe aún la memoria de los “treinta gloriosos” años de la segunda postguerra que han visto paz y bienestar asegurados mediante el Estado social, si bien en términos y con modalidades diversas en los diferentes Estados miembros¹².

La Unión Europea es una criatura de Settembrini, no de Naphta (ver la *Montaña mágica* de Thomas Mann). La suya es originariamente una estructura cosmopolita y pacificadora, pluralista, no imperial (con permiso de Jan Zielonka¹³). Sin embargo, a partir de la caída del muro de Berlín, tal panorama se ha modificado. Y ello porque la Alemania reunificada es un Estado miembro de dimensiones que exceden en mucho a las de los otros. Hasta el 89 Alemania tenía un peso (y sobretodo una población) grosso modo igual que Francia, Italia y el Reino Unido. Pero después ya no es así. Alemania es de nuevo un gigante asentado en el centro de Europa, *Mitteleuropa*. Tal gigante habría debido actuar de manera moderada, y prudente, para no arriesgar a reactivar una memoria histórica de sospecha y de aversión. Pero la moneda común, el Euro, en vez de vincular al gigante, como habría querido Mitterrand, lo convierte en el dueño de la Unión Europea. La moneda única, en vez de contribuir a una mayor integración de los Estados miembros, los divide y los enfrenta¹⁴.

Y entonces en la crisis tras el 2008 Alemania actúa de manera intemperante. Humilla a Grecia y a su democracia, la empuja a la miseria, la pone de rodillas con un gusto vagamente sádico. Impone la “regla aurea” de la paridad presupuestaria. Rechaza la comunitarización del riesgo fiscal¹⁵. Moraliza su condición de Estado

¹² Cfr. J. E. Fossum, A. J. Menéndez, *The Constitution's Gift. A Constitutional Theory for a Democratic Union*, Rowman & Littlefield, London 2011, especialmente la reconstrucción histórica del proceso de integración europea a partir de la posguerra. Vid también L. Van Middelaar, *The Passage to Europe. How a Continent Became a Union*, ristampa, Yale University Press, Cambridge, Mass 2014.

¹³ Vid J. Zielonka, *Europe as Empire. The Nature of the Enlarged European Union*, Oxford University Press, Oxford 2007. Del mismo autor véase también el más reciente *Is the EU Doomed?*, Polity Press, London 2014.

¹⁴ Vid W. Streeck, *Why the Euro Divides Europe*, “New Left Review”, Vol. 95, No. 5, septiembre-octubre 2015.

¹⁵ Como bien señala Joseph Weiler, <<hoje em dia ninguém se atreve, sequer, a sussurrar aquilo que antes era apontado como um valor europeu decisivo – a solidariedade que transcendia fronteiras nacionais>> (J. H. H. Weiler, *Outra vez sonâmbulos. A Europa e o fim da Pax Americana 1914-2014*, Universidade Católica editora, Lisboa 2015, p. 34).

acreedor y deudor¹⁶. Y el anciano inglés lo ve, y recuerda viejas historias. El *Brexit* puede entonces interpretarse plausiblemente también en términos de una estrategia de defensa contra una Alemania nuevamente percibida como proyectada a afirmar su hegemonía *über alles*.

El de la Unión Europea es tendencialmente un derecho dúctil. No obstante ello ha cambiado radicalmente a partir de los años Ochenta, con el Acta Unica primero y luego con el Tratado de Maastricht, y posteriormente con la legislación de emergencia a partir de 2009 (Tratado de Estabilidad revisado, Fiscal Compact, Six Pack, Two Pack, etc.)¹⁷. Se afirma el proyecto de cortocircuitar el Estado social nacional con una constitución económica supranacional de signo liberal, neoliberal. Ello se consigue elevando a principios constitucionales fundamentales los dogmas del sistema económico del libre mercado contra la lógica solidaria de las constituciones nacionales. Y se culmina inmunizando la constitución económica neoliberal mediante un giro supranacional que se convierte en indisponible para las democracias de los Estados miembros¹⁸. Sin compensar dicho déficit con ningún mecanismo de representatividad democrática eficaz a nivel nacional.

Ello tiene como consecuencia el desmantelamiento del Estado Social, y la pérdida de los derechos sociales de las constituciones nacionales y una mayor desigualdad y jerarquía, y desde hace demasiados años también mayor pobreza, y no sólo en los países más débiles, no sólo en Grecia. Son los derechos sociales las víctimas sacrificiales del orden jurídico comunitario. Pero de esta manera es la democracia la que viene desmontada progresivamente, porque, recordémoslo, «los derechos sociales son -- como dice Habermas -- los andamios del busto de la ciudadanía democrática»¹⁹. Con ellos se comprime y contiene la panza desbordante de un capitalismo siempre demasiado gordo.

El *Brexit* es entonces una respuesta a la emergencia del liberalismo autoritario²⁰ y representa un intento de reapropiarse el

¹⁶ Cfr. Y. Varoufakis, *And the Weak Suffer What They Must? Europe, Austerity and the Threat to Global Stability*, Bodly Head, London 2016.

¹⁷ Cfr. Kaarlo Tuori, Klaus Tuori, *The Eurozone Crisis. A Constitutional Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.

¹⁸ Cfr. F. Scharpf, *Monetary Union, Fiscal Crisis and the Preemption of Democracy*, LEQS Paper No. 36/2011.

¹⁹ J. Habermas, *Jenseits des Nationalstaats. Bemerkungen zu Folgeproblemen der wirtschaftlichen Globalisierung*, in *Politik der Globalisierung*, ed. de U. Beck, Suhrkamp, Frankfurt am Main 1998, p. 69, donde se afirma: <<dass gleiche soziale Rechte die Korsettstangen demokratischer Staatsbürgerschaft sind>>.

²⁰ Sobre esto reenvío a ad A. Somek, *Authoritarian Liberalism*, "Austrian Law Journal", 2015, pp. 67-87, y al número de "European Law Journal", Vol. 21, mayo 2015, y los artículos incluidos en la sección especial "Herman Heller's Authoritarian Liberalism". Al respecto véase también el libro de Renato Cristi, *Carl Schmitt and Authoritarian Liberalism*, University of Wales Press, Cardiff 1998.

poder de la ciudadanía. Es la revuelta de los pobres contra los ricos, de las periferias contra el capital, de quien ha perdido el control de sus propias vidas y de su futuro contra aquellos que se han arrogado el monopolio del dicho control. Si no se entiende esto, si no se lee el *Brexit* en perspectiva europea, como protesta democrática *malgré tout*, y no se remedia, con más democracia, y más ciudadanía, curando las gravísimas heridas infligidas al Estado social, entonces no sólo se tambalearán nuestras cuentas corrientes en los bancos, sino que la misma civilización de las relaciones internacionales que la protagonizado la integración europea se expone a un riesgo gravísimo. Lo peor que le puede ocurrir a la Unión, ahora, es que del *Brexit* se extraiga la lección de que la democracia es peligrosa, que el pueblo no es de fiar, y que una vez más hay que confiar en las "reglas", es decir en la sabiduría del técnico, la "autoridad independiente" en el autócrata iluminado y benévolo²¹.

²¹ Sobre el que ha escrito páginas proféticas J. P. Fitoussi, *La règle et le choix. De la souveraineté économique en Europe*, Seuil, Paris 2002.